

mos suspiramos por lo que ha dejado de existir; mas por último bien convencidos estamos de que á nadie le es dado hacer que el siglo XIX sea el XVI, ni el XV, ni el XIV. Todo cambia, todo se destruye, todo pasa. El modo de servir bien á su patria es someterse á las revoluciones que los tiempos traen consigo, y para ser hombre de su país, es preciso ser hombre de su tiempo. Veamos á quien podrá aplicarse la denominación de hombre de su tiempo. Así puede llamarse el que dejando á un lado sus opiniones propias, lo sacrifica todo á la felicidad de su patria; un hombre que no adopta ningún sistema, que no da oídos á ninguna preocupación, que no se afana por buscar lo imposible, y trata de sacar el mejor partido de los elementos que le vienen á mano, un hombre que sin irritarse contra la especie humana, piensa que es preciso conceder algo á las circunstancias, y ve en la sociedad mas debilidades que crímenes: finalmente el hombre de su tiempo será un hombre altamente razonable, ilustrado por la inteligencia, moderado por el carácter, que creará como Solón, que no conviene doblegar las costumbres al gobierno, sino atemperar este al influjo de aquellas.

La actual constitución tiene precisamente este último carácter: fáltanos demostrar que es igualmente favorable á los intereses de los súbditos que á los del monarca.

Preguntaremos á la nobleza (1). ¿De qué podeis quejaros? La constitución os garantiza todo lo que habia de esencial en vuestra antigua existencia. Si no le ha sido posible reponeros en el goce de algunos derechos destituidos por la opinión mucho antes que por los acontecimientos, en recompensa os facilita otras ventajas. Ocupabais los puestos de oficiales en el ejército; pues bien, seguid ocupándoos, pero con condición de partiros con franceses que hayan recibido una honrosa educación. Esto no es hacerlos una injusticia, pues otro tanto sucedia en los tiempos de la monarquía. El valor ha sido siempre á las ojos de los reyes el principal título de un guerrero. «Para ser hecho caballero, dijo Mr. du Tillet, siempre se ha escogido al que se distingue por hechos de valor y proezas, mas bien que por su alto linaje, pues no se tiene en cuenta mas que su bazarria (2).»

¿En qué fundaba antiguamente un hidalgo su ambición y esperanza? En llegar á ser capitán despues de cuarenta años de servicio, y en poderse retirar con la cruz de San Luis (3) y 600 francos de renta cuando llegaba ya la vejez. En la actualidad sigue la carrera militar llegando rápidamente á los primeros puestos. No contando con un extraño favor ó con una acción extraordinaria, ¿cuándo hubiera en el antiguo régimen llegado un hijo menor de alguna casa de Gascuña ó de Bretaña al empleo de coronel, de general ó de mariscal de Francia? Si reuniendo toda su pequeña fortuna hacia un esfuerzo para pasar á París á pretender un empleo, ¿podia acaso presentarse en la corte? Para gozar de la vista del rey á quien defendia con su espada, ¿no le era preciso pesar por el costoso ceremonial de la presentación? ¿Qué papel representaba en las antecámaras de los ministros? ¿Qué era, á los ojos del mundo frívolo é ingrato mas que un pobre hidalgo de provincia? Siendo muchas

(1) Todas estas máximas descontentaron por de pronto á los mismos á quienes el autor se proponia consolar; pero luego no pudieron menos de darle las gracias, y tomando parte en el gobierno representativo comprendieron sus recursos.

(2) Colección de los reyes de Francia.

(3) Se ha dicho que precisamente es esto lo que habia de bueno en el antiguo régimen; pero esto es confundir las cosas y sentir mas bien que raciocinar. ¿No se echa de ver que cuanto mas admirable aparece en tal caso la conducta de un hidalgo, tanto menos generosa es la del gobierno? ¿Y qué el alabar al uno es criticar al otro?

veces de una nobleza mas antigua que la de los cortesanos que ocupaban el puesto que le pertenecia al lado del monarca, no recibia de aquellos hijos del favor mas que desaires y negativas. Aquel distinguido representante del honor y de la fuerza de la monarquía no era mas que un objeto de ridiculidad por su sencillo traje, y por su inculca conversacion: no tenian presente que Enrique IV hablaba en gascon y que las mangas de su gaban habian tenido coderas.

Pasó ya el tiempo de los desaires: nobles de las provincias, nadie os disputará ya el goce de las consideraciones debidas á vuestras familias: en París podeis entrar en todas partes, hasta en el palacio de vuestros reyes. Un inmenso y nuevo campo se abre para vosotros en la antigua carrera militar. Podeis ser elegidos miembros de las cámaras: podeis llegar á ser temibles (4) á esos ministros que en otro tiempo se desdaban de hablar con vosotros, y que ahora á su vez os alhagarán; podeis llegar á ser pares del reino, y empuñar el timon del Estado, siendo por consiguiente nuevos gefes de vuestras antiguas familias y patronos de vuestra provincia sin deber mas que á vosotros mismos el favor de tan encumbrado destino. ¿Qué podia ofrecer os digno de compararse con esto el antiguo gobierno? Y tened presente que no hemos hablado mas que de vuestros intereses materiales, sin hacer mención de la gloria, prenda segura del que consagra su vida á defender al rey, amparar al pueblo é ilustrar la patria; del que sin desviarse de las aras de la religión defiende los derechos de la razon universal, y combate en pro de los principios de esta libertad prudente, sin la que nada hay digno, nada hay noble en la vida humana. Reflexionando Burnet en la revolucion que dió á Inglaterra esa constitución tan ponderada, observa que á los ingleses nobles de su tiempo les costaba trabajo someterse por parecerles mal que el rey no fuese bastante rey (5). Pues esos nobles que entonces se lamentaban son los antepasados de Pitt, Burke, Nelson y Wellington: aquella monarquía ha llegado á ser una de las mas poderosas de la tierra, y aquel país se ha elevado al mas alto grado de prosperidad rigiéndose por una constitución que en aquella época repugnaba á su razon, á sus costumbres y á sus tradiciones.

¿Quién de nosotros podria oponerse á la generosa alianza de la libertad y el honor? ¿No son estos los principios, como ya lo hemos demostrado, los que constituyen esencialmente la nobleza? ¿Por qué razon no obtendrá un noble en el nuevo sistema monárquico toda la consideración de que gozó en el régimen antiguo? Lejos de perjudicarlo, la constitución le vuelve á dar aquella importancia aristocrática que habia perdido, y de la cual los ministros del poder ponian todo su conato, unas veces por la astucia y otras por la fuerza, en despojarle. ¿Qué parte tenia la nobleza antigua en las funciones del gobierno, salvo el raro caso de reunirse los estados generales? ¿No era el parlamento de París el que ejercia los derechos políticos? y sin embargo era bastante duro para el antiguo cuerpo de la nobleza no intervenir en nada en los asuntos públicos y ver que el gobierno se iba desplegando sin poder emitir siquiera su opinion (6). Algunos derechos feudales caidos ya en desuso, ¿podian por ventura valer tanto como los derechos políticos que se devuelven en la actualidad á los nobles? Estos derechos conservados por la cámara de los pares, sin

(4) Podria creerse que he profetizado en vista de los sucesos, si afortunadamente las Reflexiones políticas no hubiesen salido á luz en diciembre de 1814.

(5) Reflex. sobre las Memor. hist. de la Gran Bretaña, pág. 54.

(6) No ejercia la nobleza derechos políticos sino en los países de estados.

impedir por eso que los nobles puedan sentarse tambien en la de los diputados, son bienes que indemnizan á la nobleza de las pequeñas ventajas del antiguo régimen, es decir, del antiguo régimen tan desnaturalizado y debilitado como se hallaba antes de la revolucion. Sobre todo nadie le impide á un noble el ser tan ciudadano como Escipion, y tan caballero como Bayardo; jamás la esclavitud ha sido carácter constitutivo de la nobleza. Ciertamente es que esta ha sabido en todos tiempos morir gustosamente en obsequio de sus príncipes; pero tampoco ha dejado nunca de defender con respeto, si bien con energía, sus derechos contra las prerrogativas de la corona. La nobleza volverá á interponerse, como en otros tiempos, á modo de barrera entre el trono y el pueblo. Cuando Carlos I enarbó el estandarte de la guerra civil, la nobleza de Inglaterra corrió á colocarse en torno de su rey y le declaró que al defenderle contra los rebeldes, de ningún modo pensaba en servir de instrumento para oprimir la libertad de los pueblos, y que si trataba de valerse de sus armas para un objeto semejante, desde luego se creia obligada á retirarse. Esta generosa determinación es asimismo la que da aliento á la nobleza de Francia: los caballeros de esta nacion son los defensores del pobre y del huérfano. «¡Vive Dios! decia Beltran Duglesquin á Carlos V. «Contad primero con los hombres de sombrero forrado, es decir, con los prelados y los abogados que se comen el pueblo. A esos es á quienes se debe mandar abrir sus arcas y no á los pobres estenuados de miseria. Hoy os veo marchar por el camino contrario; pues se pretende quitar sustancia al que tiene poca, y al que tiene pan se le ofrece mas.»

Acaso direis que despojados de ciertos homenajes que os tributaban y os distinguian, habeis perdido el carácter exterior de nobleza; mastened entendido que en diversas épocas y asambleas de los estados generales, los nobles habian ido renunciando á impotentes prerrogativas, y por fin habian convenido en la repartición igual de contribuciones. Si se hubieran pues separado los últimos Estados Generales sin habers verificado la revolucion, ¿se habria la nobleza privado de sus privilegios por renuncia voluntaria, considerado como anquilada? No sin duda: apliquen, pues, ese raciocinio al estado actual. Sin embargo creemos necesario que para lo sucesivo se concediera á la nobleza, como á los antiguos caballeros romanos, algunos de aquellos honores que anuncian su categoría á los ojos del pueblo, sin cuyo requisito no estarán bien marcadas las graduaciones sistematizadas de la monarquía, y sin lo cual parecerá que la nacion se halla sometida al nivel del despotismo oriental. Conviene sobre todo que los pares gocen de los mayores privilegios; que tengan localidades especiales en las solemnidades públicas; que se les hagan honores en las provincias, y por decirlo de una vez, que á primera vista se distinga su elevada condición.

Por lo demás, como no queremos decir que esta consideración no esté fundada en los términos de la razon y de la mas estricta verdad, tampoco pretendemos que todas las ventajas de que se ha hecho mención en este capítulo sean concedidas inmediatamente. La carrera militar deberá por ejemplo permanecer mucho tiempo cerrada por causa del gran número de oficiales que han quedado sin empleo y que deben ser preferidos. Cualquiera que fuese la clase de gobierno que la restauración hubiese establecido, nunca habria podido zanjar este inconveniente. El renacimiento de la antigua monarquía no podia disminuir el número ni desvirtuar los derechos de tantos franceses que han derramado su sangre por la patria. Así es que la constitución nada influye en este inconveniente. Por otra parte, así como ya lo hemos dicho al hablar de la emigración, son ya muchos los nobles que sirven en el ejército. Finalmente, no siempre

debe uno afanarse en provecho propio: solo á los pueblos en masa les están permitidas las esperanzas sin término y los vastos pensamientos.

Por lo tocante á la alta nobleza, de la que no hemos hablado con referencia á la constitución, diremos que son tan grandes las ventajas que le proporciona esta nueva forma de gobierno, que el tratar de demostrarla seria una cosa superflua. Así como la alta nobleza era la que mas habia perdido en la destrucción del poder aristocrático de Francia, tambien es ella la que gana mas en el orden de cosas que restaura ese poder. Los varones que sustentan esos nombres históricos con los que se ha familiarizado ya nuestro oído al tratar de hechos gloriosos, vuelven á entrar en posesión de sus derechos: suerte bastante digna de atención es por cierto el que contribuyan á establecer la nueva monarquía en la cámara de los pares de Luis XVIII despues de haber establecido la base de la antigua en la de los pares de Hugo Capeto.

De manera que la cámara que restituye á los nobles la parte que antiguamente tenían en el gobierno, y que al mismo tiempo los aproxima al pueblo para no privarlo de su protección, no hace mas que renovar el primitivo espíritu de su gerarquía. Los mas altos y brillantes destinos se abren ante la nobleza, y para llegar á ellos no necesitará mas que caminar bien persuadida de su posición sin volver atrás la vista, y sin empeñarse en vana lucha contra el torrente del siglo.

#### CAPITULO XXI.

LA CLASE MAS NUMEROSA DE LOS FRANCESES DEBE DARSE POR CONTENTA CON LA CONSTITUCION.

No es necesario demostrarlo. Todo lo que hemos dicho lo demuestra suficientemente. La constitución nos asegura á todos el goce de la libertad que hemos comprado á costa de la sangre mas pura de la nacion. La constitución ha enderezado á buen término todos nuestros esfuerzos, y ha hecho que no sean estériles tantas calamidades y tanta gloria, dando al hombre el sentimiento de su dignidad ha ennoblecido nuestros errores. Cada cual parece justificarse á sus propios ojos; cada cual puede decir en su interior: «Hé aquí el objeto de mis deseos; ya está reconocido el derecho natural; todo ciudadano francés es llamado á los empleos civiles y militares y á la tribuna de ambas cámaras; todos pueden igualmente ilustrarse en servicio de la patria.» Esto no es una esperanza; es un hecho. Y cualquiera que en la actualidad pueda decir: «Soy par de Francia bajo el reinado de un rey legítimo,» debe comprender que la constitución es por sí misma un hecho muy hermoso y que hay no poca diferencia entre ser par de Luis XVIII ó senador de Bonaparte.

¿Qué hubieran podido conseguir los mas celosos republicanos en el orden político que la restauración acaba de destruir? El que sin distinción de clases se les abrieran las puertas de los empleos y de los honores. Pues eso lo han conseguido ya bajo un monarca legítimo, y nunca hubieran llegado á gozarlo sirviendo á las órdenes del extranjero, que por de pronto habia establecido las distinciones mas humillantes. Era mas difícil llegar á la presencia del último empleado de palacio que el personarse hoy con el mismo monarca. Los que sinceramente hayan amado la libertad deben bendecir la constitución. ¿Podian razonablemente esperar un resultado mas feliz de sus esfuerzos ni de nuestras discordias? ¿Quién será el insensato que sueñe en la república apesar del desgano de la experiencia? La extensión de la Francia, la índole de la nacion y mil odiosos recuerdos se están oponiendo irresistiblemente á esa forma de gobierno. Cualquiera que imaginara ser esclavo con la repre-

## CAPITULO XXIII.

## CONCLUSION.

Toda la Europa parece hallarse dispuesta á adoptar el sistema de las monarquías moderadas: la Francia que fue la primera á dar ese impulso general, no puede menos de seguir el movimiento. Agrúpese, pues, la nación en torno del gobierno. El amor al monarca, á la patria, y el afecto á la Constitución, sean el único emblema de la bandera nacional.

Gracias al rey, y solo al rey, la Francia de Luis XIV ha podido conservarse en toda su integridad. Vauhan supo establecer los límites de esta nación mucho mejor que los demarcados por los ríos y las montañas. La extensión natural de un imperio no está, por mas que algunos digan, determinada por los accidentes geográficos, sino por la conformidad de costumbres é idiomas: los límites de la Francia concuyen allí donde no se habla francés. Aquellos ciudadanos de Hamburgo y de Roma que al hablar en el Senado corrompian el idioma de la Francia; que no tenían ni podían tener mas que odio y enemistad contra esta nación, habrían por último ocasionado su ruina como pueblo, así como los galos y las demás naciones subyugadas destruyeron la patria de Ciceron al tomar asiento en el Senado romano. La Francia es lo que era: un millón de soldados se halla dispuesto en caso necesario á defender á unos cuantos millones de labradores: el suelo del país, semejante á una madre previsora, multiplica sus tesoros y beneficios en proporcion mucho mas alta que la que necesitan sus hijos. Cuatrocientos mil extranjeros, sin contar con los ejércitos nacionales, han asolado sus provincias, y de allí á dos meses hubo que conceder la libre exportación de cereales. ¿Qué le falta á ese antiguo reino de Clodoveo, cuya fuerza y poder fue alabada por el mismo Gregorio el Grande? Tiene hierro, tiene bosques y cosechas: su sol madura los vinos de todos los países: las costas del Mediterráneo le suministran aceite y seda, y las del Océano pastos para rebaños. Marsella que ya no está, como en tiempos de Ciceron, combatida por las oleadas de la barbarie, atrae el comercio del mundo antiguo, en tanto que sus puertos en el otro mar reciben las riquezas del nuevo. A cada paso se encuentran en este país monumentos de los tres grandes pueblos galos, romanos y franceses. Díósele antiguamente el dictado de madre de los reyes, porque casi todos los tronos de Europa y hasta algunos del fondo de Asia estaban ocupados por hijos suyos. Su gloria que nunca llegará á marchitarse, irá creciendo en el porvenir. Transformados por nuevas leyes los franceses se encaminan á nuevos destinos, y hasta tienen una ventaja sobre los pueblos que les han precedido en la carrera que ahora emprenden, y es la de que habiendo estos envejecido, aquellos la acometen con toda la lozanía de la juventud.

Acostumbrados á los grandes movimientos desde hace tantos siglos reemplazan los franceses el calor de las discordias y el afán de las conquistas por la afición á las artes y por los gloriosos trabajos del ingenio. No necesitan extender ávidas miradas al exterior, sino fijarlas en su hermosa patria y exclamar con Virgilio:

¡Salve, magna parens frugum....  
Magna virum!

¿Por qué no se ha de hablar con franqueza? Ciertamente que la nación ha perdido mucho con las revoluciones: pero ¿no habrá ganado algo? ¿No se deben contar por nada veinte años de victorias? ¿No valen algo tantas acciones heroicas, tantas abnegaciones generosas? ¿No hay todavía entre los franceses ojos que derraman lágrimas de ternura, corazones que palpitan solo al oír el nombre de la patria?

sentación de las dos cámaras, con el derecho de petición, con el anulamiento de la confiscación, con la seguridad de las propiedades, con la independencia personal y con la garantía contra los golpes de estado, cualquiera que tal creyese, volvemos á decir, daría prueba de no haber tenido nunca buena fe en sus opiniones, y por lo tanto nunca sería digno de ser libre.

## CAPITULO XXII.

## EL TRONO ENCUENTRA SU SEGURIDAD Y ESPLENDOR EN LA CONSTITUCION.

Por lo tocante al rey, ¿tendrá mas latitud su autoridad segun los antiguos reglamentos que por la Constitución que nos ha dado? Desde un extremo al otro de la nación, en virtud de una ley aprobada por ambas cámaras, quedan á su disposición nuestra vida, nuestros hijos y nuestras fortunas. Hable en nombre de la ley, y todos correremos á sacrificarnos por él. ¿Tendrá que sufrir aquellas eternas representaciones, alguna vez justas, pero con mas frecuencia faltas de consideración, así que sea preciso imponer la mas insignificante contribucion? ¿Tropezará en todas las provincias, en cada ciudad, en cada aldea con fueros, con costumbres, con corporaciones que le disputen sus derechos legítimos, y quiten al gobierno la unidad de acción y la rapidez de la marcha? La autoridad regia escudada con ambas cámaras es inatacable, y la fuerza que de ella dimana, irresistible. Las tempestades estallan sobre los ministros; la paz, el respeto y el amor viven estacionados en el trono. Si se siente impelido hacia la gloria de las armas, no tiene mas que hablar y encontrará ejércitos dispuestos á seguirle. Si le agradan las artes y el talento, nada es mas á propósito para desarrollarlas que el gobierno representativo; si le placen las ideas políticas, si se siente inclinado á perfeccionar las instituciones de la patria. ¡Ah! ¡cuántos elementos se adunarán para halagar esa inclinacion verdaderamente regia! ¿Por qué razon habrán de ser los Borbones enemigos de todo cambio en el sistema político? El que acaba de terminar su carrera ¿había existido siempre? La monarquía ha cambiado de forma de siglo en siglo.

La raza augusta é inmortal de los Capetos ha visto inmóvil sobre el trono pasar á sus piés las generaciones, revoluciones y costumbres de la Francia; y ha sobrevivido á los golpes que brazos parricidas han descargado sobre ella algunas veces, sin dejar por eso de acoger en su seno á sus hijos ingratos. A esa sagrada familia es deudora la nación de todo cuanto tiene: ella existía, por decirlo así, antes que nosotros, y es tan francesa como la Francia misma. En tiempo de las dos primeras razas, todo era romano y tudesco, gobierno, costumbres é idioma. La tercera raza abolió la esclavitud, instituyó la representación nacional por medio de las tres categorías sociales, los parlamentos ó salas de justicia, compuso el código, estableció los ejércitos regulares, fundó colonias, construyó fortalezas, abrió canales, ensanchó y adornó las ciudades, levantó monumentos, y creó hasta el idioma que hablan Duguesclin y Turena, Ville-Hardouin y Bossuet, Alain Chartier y Racine. Luis XVIII al frente de las dos cámaras nos pondrá en un estado dichoso y floreciente, así como sus antepasados nos adquirieron el poder con los Estados generales. El rey encontrará en sí mismo elementos de grandeza que comunicar á los nuevos destinos de la nación. La monarquía renace de sus propias raíces como un lirio que ha perdido sus tallos en la estación de las tempestades, surge de nuevo del seno de la tierra al primer día sereno de la primavera: *ex omnibus floribus orbis elegisti tibi libium tenum* (1).

(1) Esb.

Si la multitud se ha corrompido, como siempre sucede en las guerras civiles, también puede decirse que en la alta sociedad se han purificado las costumbres, y las virtudes domésticas se han hecho mas familiares, así como el carácter francés ha ganado también en fuerza y gravedad. Ciertamente es que no ha perdido su frivolidad, pero ha adquirido mas naturalidad y sencillez; cada cual se parece mas á sí mismo y mucho menos á su vecino. La juventud educada en los campamentos presenta algo de viril y original que en otros tiempos no tenía. La religión no es ya en los que se han dedicado á su ejercicio un acto de costumbre, sino el resultado de una íntima convicción; la moral, que ha sobrevivido en los corazones, no es ya fruto de una instruccion doméstica, sino enseñanza de una razon ilustrada. Los intereses de mas alta consideración han ocupado las imaginaciones: el mundo entero ha pasado ante los ojos de la Francia. Diferente cosa es defender su vida, ver derrocar y levantarse tronos, ó no tener mas ocupacion que una intriga de camarilla, una cacería en el bosque de Boulogne, ó una novedad literaria. Trabajo nos cuesta confesarlo; pero en el fondo ¿dejaremos de conocer que el carácter francés ha adquirido mucha mas virilidad que la que tenía hace treinta ó cuarenta años? Por otro lado, ¿por qué se ha de ocultar que las ciencias exactas, la agricultura y los artefactos han hecho inmensos progresos? No desconocemos los cambios realizados en provecho de la Francia: ¿demasiado caros le han costado! Cesemos, pues, de calumniar á la nación diciendo que no son á propósito sus hijos para tratar asuntos de la libertad: siendo así que todo lo entienden, para todo son á propósito, y todo lo comprenden. Manifestándole consideración y confianza, esta nación se elevará á todas las alturas del mérito. ¿No ha dado en momentos de prueba muestras bastantes de todo lo que puede ser? Siéntase orgulloso el hijo de Francia al verse libre y gobernado por un rey salido de su propia sangre. Dé en estos momentos ejemplo de orden y de justicia, así como en otros tiempos ha sabido darlos de gloria: respete á las demás naciones sin dejar de respetarse á sí mismo. Algun provecho puede sacarse de las revoluciones y las desgracias, no desentendiéndose de las lecciones de la fortuna: los furiosos de la Liga salvaron la religión; los estraviados en que la nación cayó últimamente, la habrán amaestrado á sostenerse en un estado político digno de los sacrificios que para conseguirlo, ha consumado.

Reúnanse todos los hombres de intencion sana para predicar una doctrina saludable, para crear un centro de opinion de donde se irradien todos los movimientos. Las cámaras deben unirse estrechamente al rey á fin de que este pueda ejecutar libremente los proyectos que en provecho de su pueblo está meditando. Haya lealtad en los ministros, reine la buena fe por todas partes, y la salvacion de la patria queda enteramente asegurada. Respeto y veneracion al soberano, libertad para las instituciones, honor en el ejército y amor á la patria; hé aquí las opiniones que todo buen ciudadano debe profesar. Fuera de ese centro todo son quimeras, pesares intempestivos, melancólicos caprichos y penosas recriminaciones; y adviértase que á pesar de todas las atrabiliarias disputas que puedan suscitarse, la fuerza del siglo nos hará, mal que nos pese, seguir esa misma senda de que ahora queremos separarnos. Así lo acredita el ejemplo: hace veinte y seis años que principió la revolucion. Solo una idea ha sobrevivido á todas las demás, la idea que fue causa y principio de esta revolucion, la idea de un orden político que proteja los derechos del pueblo sin lastimar los de los soberanos. ¿Habrá alguno que crea que lo que ni los furiosos revolucionarios, ni las violencias del despotismo pudieron destruir, pueda destruirse en estos momentos? La Convencion nos curó

para siempre de tendencias al republicanismo; y Bonaparte tomó por su cuenta el curarnos radicalmente de afición al poder absoluto. Estas dos lecciones nos han hecho conocer que una monarquía limitada como la que se debe á Luis XVIII, es el gobierno que mas conviene al decoro y la felicidad de la Francia.

## INFORME

ACERCA DEL ESTADO DE LA FRANCIA EN 12 DE MAYO DE 1815, PRESENTADO AL REY EN SU CONSEJO DE GANTE (1).

SEÑOR:

Acaba de suceder la única desgracia que amenazaba á la Europa despues de tantas calamidades. Los soberanos, augustos aliados vuestros, creyeron que impunemente podian emplear su magnanimidad para con un hombre que no conoce ni el valor de una conducta generosa, ni la religion de los tratados. Error ha sido este de aquellos que dependen de la nobleza de carácter. Un alma elevada y recta apenas puede formarse idea de la maldad y el artificio; el salvador de Paris no podia entender á fondo al destructor de Moscou.

Bonaparte, colocado por una extraña fatalidad entre las costas de Francia é Italia se ha dejado caer como Genserico sobre el sitio á donde le llamaba la cólera de Dios. Como esperanza de todo el que habia cometido ó meditaba cometer un crimen, apareció, por último, y puso en acción su proyecto. Hombres abrumados con vuestros beneficios, con el seno cubierto de los distintivos que les habeis concedido, besaron por la mañana la mano del monarca á quien iban á vender por la noche. Vasallos traidores, indignos franceses, desleales caballeros, cuando aun resonaba en sus labios el juramento de fidelidad que acababan de hacerlos, iban con la flor de lis en el pecho, á jurar, por decirlo así, el perjurio al que tampoco vacilaba en declararse á sí mismo traidor, rebelde y desleal.

Por lo demás, señor, el último triunfo que corona y pone término á la carrera de Bonaparte, nada tiene de maravilloso: no llega á ser una revolucion verdadera, nada mas es que una efimera invasion. Ningun cambio real ha producido en Francia: las opiniones siguen siendo las mismas que eran. Tampoco es el re-

(1) Cuando llegamos de Gante tuvimos ocasion de oír á algunas personas que á pesar de ser muy buenos realistas, se habian dejado sorprender y trataban de justificar su entusiasmo hacia un personaje demasiado célebre, diciendo: No sabeis los favores que nos ha hecho; no os habeis hallado aquí durante los cien dias; no habeis conocido el espíritu de la Francia, etc., etc.

Extraño es suponer que unos hombres que habian pasado muchos años en Francia bajo el reinado de Bonaparte; que no se habian ausentado mas que por el término de tres meses; que durante este periodo habian vivido á pocas leguas de la frontera; que todos los dias habian recibido noticias de Paris públicas ó confidenciales con solas veinte y algunas veces diez y seis horas de retraso; que estaban en el centro de los ejércitos y de la diplomacia europea, es decir, en el centro de todas las inteligencias y relaciones; que á cada momento veian llegar cerca del rey franceses de la capital y de las provincias; es bien extraño, vuelvo á decir, suponer que para tales hombres la Francia debía ser un país totalmente desconocido. Por lo cual, si se lee con alguna atencion este informe, no podrá menos de verse que no nos halláramos los que habitábamos en Gante tan mal instruidos de lo que sucedía en Paris; que habíamos previsto el desenlace de aquella breve tragedia, y que tal vez juzgáramos de las maquinaciones y estado de los partidos mejor que el que se hallaba colocado mas cerca del teatro.